

VENEZUELA DERROCHA EL ABRAZO

Por J. CANELLAS CASALS

UNA de las manifestaciones externas del alma que en Venezuela llama en seguida y más particularmente la atención es el abrazo. Y ello no es por el acto en sí como exteriorización sensoria de las efusiones del corazón, sino por el modo típico material que se tiene de practicarlo, y especialmente por el concepto básico netamente venezolano de usarlo en las diversas circunstancias que origina la convivencia social, esto es, no reservado para esos instantes de emoción suprema cuando el pariente o el amigo, que el tiempo nos robó largamente, retornan a nosotros, sino derrochado generosamente como tesoro bendito en sustitución del formulario saludo universalmente corriente.

Pero lo más bello de este acto sentimental quizá no estriba genuinamente en la elocuencia de su efusión, sino en las fuentes psicológicas de que brota, que muchos viajeros fugaces, cerriles, o movidos por pasiones subterráneas, no podrán captar jamás en su verdadera raíz, y limitarán a una mera y rutinaria fórmula de cortesía que aquí ha cristalizado en forma de abrazo, como hubiera podido hacerlo con leves toques de frente, o bien restregándose la nariz, como ocurre en ciertos grupos étnicos desperdigados por tierras retrasadas; o simplemente, si se quiere, en el clásico y tan difundido apretón de manos, consuetudinario en algunos países europeos, como Francia, por ejemplo.

Lo bello, pues, estriba en que el abrazo en Venezuela, siendo, por definirlo de algún modo, la fórmula corriente de la cortesía social, no recuerda ninguno de los fríos elementos de la fórmula, sino la cálida substancia permanente de aquel abrazo que las gentes reservan común y únicamente para las comunicaciones más profundas, y en que es un acto necesario a la naturaleza cordial, efusiva y expansiva del venezolano, como le es implícito al mar el eterno movimiento y la maravilla cambiante de los colores.

Porque la versión del grupo simbólico hispanoamericano en el que Venezuela es representada por un soldado, es pura circunstancia histórica de origen político para explicar que el fermento de la emancipación del sur de este Continente corresponde al venezolano general Bolívar, conduciendo a un pueblo fuerte, valiente y distinguido por su espíritu de independencia; nunca para delatar un sentimiento belicoso, porque ello está en manifiesta contradicción con el espíritu del venezolano, cuyo movimiento interior espontáneo, por constitución nativa, es substancialmente pacifista y efusivo. Y aunque «lo cortés no quita lo valiente», las leyes de la psicología demuestran que el guerrero nato, lo mismo si se da en forma individual que colectiva, se distingue más por un sentimiento rígido y altivo que por una floración coral flúida y risueña. Al menos en la regla, que es la que estamos comentando aquí.

No hay aspecto, ángulo, recoveco, matiz o movimiento del ánimo del venezolano en el que no se respire esa atmósfera de humor fresco, y no se contemple esa viva corriente del lenguaje, peculiares del carácter abierto y alegre. Por esto, quizá, una de las cosas más jugosas y acabadas del mundo intelectual criollo, y ello dentro de su medio específico, sea un semanario humorístico caraqueño titulado «El Morrocoy Azul» (aquí a la tortuga se la llama «morrocoy»). Cualquier acto que se aparte de esta tónica puede imputarse inequívocamente a influencias extrañas a la normalidad del carácter venezolano; estas causas pueden ser: un energúmeno (los había hasta en la Grecia clásica); el pecadillo de la efervescencia sanguínea, que delata el rastro hispano; o bien las neblinas que produce el alcohol, usado en lamentable cantidad.

Tan acentuada es aquí esa desbordancia del ánimo, que uno de esos citados aspectos ha debido seguramente inspirar hace cierto tiempo aquella crónica que un periodista norteamericano escribió de vuelta de uno de esos viajes de estudio, raudos como meteoros, que yo, humildemente, no he sabido comprender jamás, y que tituló «Todo el mundo está loco en Caracas».

Aquí se prestaría la moraleja de que la auténtica misión de la literatura es acercar y hermanar a los hombres, y no enmarañarlos en un tejido de retintines, ironías mordaces y chocarrerías pedantes. Pero prefiero hacer mutis sobre esto y recordar tan sólo a aquel sabio sacerdote, quien, en ocasión de hallarme en los archivos secretos de la Ciudad del Vaticano examinando una de las cartas autógrafas del general Bolívar, en la que se le exponían a la Santa Sede algunos extremos relativos a la emancipación grancolombiana, me reveló que llevaba veinticinco años de asiduo visitante allá estudiando siempre la misma materia. Aquel padre de almas sabía que no se puede escribir precipitadamente.

El citado aspecto, pues, de la desbordancia anímica que nos ocupa, y que bien pudo haber inducido al periodista de marras a cometer lo que un astrónomo titularía «error de paralaje», esto es, de falsedad de ángulo de observación, es, simplemente, el diálogo entre personas que se ven por primera vez. En la calle, en el bus, en cualquier parte, acuciado por la vista de un suceso grande o chico, el venezolano es inevitablemente un comentarista y un conversador amigable y vivo con su vecino inmediato y circunstancial, quienquiera que sea.

Pero lo más sorprendente todavía es el monólogo, cuando, al producirse un suceso digno de ser comentado, la fuerza expansiva sociable del criollo no tiene a mano un colutorio oportuno para combatirlo.

El monólogo venezolano tiene dos fuentes matrices: la de un estímulo exterior y la de una preocupación de carácter íntimo; pero en cualquier de estas dos formas es siempre una manifestación indubitable del fondo efusivo característico. El viandante habla en voz alta soltando las típicas exclamaciones locales como un chorro caudaloso incontenible. Y las pruebas inequívocas de que este acto procede de un espíritu equilibrado están en que al iniciar su monólogo el venezolano, si está parado, se vuelve hacia la persona que tiene más cerca, y si anda, mira al transeúnte que se cruza con él. Lo cual revela claramente el proceso de conciencia corriente entre el estímulo, la reacción y su inmediata consecuencia, que es la necesidad humana de obtener la admiración del prójimo y compartir las emociones con él mediante el vehículo de la palabra.

Los testimonios vivos de este espíritu locuaz y comunicativo son superabundantes, y entre ellos merece también especial mención el de la riqueza, prácticamente inagotable, de frases formularias de cortesía social, bordadas, por así decirlo, alrededor del españolísimo y originario adiós: «¡Adiós, pues! ¿Qué hubo? ¿Cómo estás tú? (aquí es corriente el tuteo). ¡Bueno, pues! ¡Mucho gusto! ¿Qué tal, paisano? ¡Hola, compadre! ¿Cómo le va? ¿Qué tal, hermano? ¿Cómo le ha ido? ¡Felicidad, pues! ¡Saludos, coronel! ¿Cómo están las cosas? ¿Qué fué? ¡Hola, jefe! ¡Saludos, pues! ¿Qué tal, mi viejo? (en este caso, viejo es una denominación cariñosa independiente de la edad)», son matices de un colorido, seguramente



¡Hola, compadre!
¿Cómo le ha ido?
¡Felicidad, pues!
¡Saludos, coronel!
¿Qué tal, mi viejo?
¿Qué hubo?
¿Qué tal, paisano?

el más rico de todo el Continente, que llena la vida social dondequiera que se presente. Y frecuentemente, la aplicación de la conjunción causal «pues», aparentemente estéril, pero necesaria al temperamento venezolano para quitar sequedad al vocablo escueto, cuyo objetivo es participar en la suerte o la desgracia del prójimo.

En este ceremonial destaca la nota curiosa de que cualquiera que sea la frase empleada por dos amigos, o conocidos al cruzarse, no implica necesariamente el pararse; ni tan sólo por el «¿Qué tal?», que entre los españoles establece detención obligada para iniciar conversación. Aquí se pronuncia de paso y equivale al «¡Adiós!», lo cual, en los primeros tiempos lo desorienta a uno, cuyo primer acto maquinal, engendrado por el hábito, es hacer acción de pararse.

Y es porque uno no sabe todavía que cuando aquí hay parada, aquellas frases desbordan, múltiples, en caudalosa riada, embellecidas con el abrazo...

El abrazo venezolano no es un abrazo común. Su esencia es consubstancial a la geografía del país, a su aire, a su color, a su luz; tiene la propiedad inalienable de los rasgos distintivos nativos. No es propiamente un apretón ardiente, sino más bien una fusión íntima suave en la que ambos amigos al tiempo que cambian sonoras frases de afecto, completamente de frente, enlazan mutuamente sus brazos, se dan palmaditas tiernas a los hombros y permanecen prolongada y delicadamente cogidos por ambos lados superiores del torso.

La otra modalidad, consuetudinaria y que acompaña indefectiblemente al saludo, es menos aparatosa, pero tiene yo no sé qué magia espiritual que cada vez que uno la practica parece sentirse más cerca del corazón del amigo a quien la ofrece. Y consiste en enlazar mutua y opuestamente el brazo y darse suaves palmaditas en el hombro, con el cuerpo puesto ligeramente de lado; con la particularidad de que cualquier tipo de estos abrazos es practicado indistintamente por individuos de diferente sexo, y entonces esta cortesía cobra una ternura casta sencillamente admirable.

Como el abrazo es practicado también en la despedida, cuando la postura física circunstancial de ambos elementos es incómoda por estar alguno de ellos detrás de una mesa, o un mostrador, entonces se estrechan el brazo, se acarician la mano, o en fin, ejecutan un movimiento cualquiera, indeterminado y libre. Pero siempre de modo que constituya un contacto material que enlace sentimientos.

Esta necesidad lírica del contacto físico es universal aquí, y es por ella por la que podemos llegar al fondo espiritual indisputablemente latino. Porque en el aspecto religioso, por ejemplo, no ha de ser precisamente en los fervores de Semana Santa, en los que es católica y tradicional la costumbre de tocar las imágenes de la devoción particular, o pasarles una moneda u otro objeto cualquiera por las llagas y heridas de la Santidad; es todos los días cuando uno ve a la mujeruca blanca o de color, o a la morenaza joven devota pasar la mano, antes de persignarse, por el cristal de la hornacina que, conteniendo un Dolorosa o el Ecce Homo, suelen algunos templos exponer en la puerta. Concretamente, por ejemplo, en el ciclópeo atrio de la iglesia de Santa Teresa, de Caracas.

Y uno asocia y recuerda con profunda emoción, además de los incontables puntos de referencia hispanos, la gigantesca imagen de San Pedro, existente en la Basílica de Roma, en cuyos pies, de bronce, hay un hueco increíblemente cavado por la suave caricia mística de los millones de dedos de los fieles que desfilaron por el primer templo del mundo a través de los siglos.

No es que el indio venezolano haya de ser necesariamente árido para que tengamos que atribuir exclusivamente las virtudes de la efusión criolla a la incorporación de sangre hispana en el cauce amerindio, pero indudablemente que ha sido la fusión de ambas corrientes, combinadas con el medio, lo que ha producido el milagro del abrazo incomparable. Porque si bien el indio sabe celebrar bromas y chistes con sana risa, como se puede ver en la tribu de los Panare, que habitan en la región de El Tigre, en el Estado de Bolívar, o Guayana venezolana, no es menos cierto que sus características psicológicas distintivas tienden al recelo y a la concentración. Y esto es por el testimonio de las mismas tribus guayanesas, algunos de cuyos miembros, desertores del medio primitivo original, conviven con los buscadores de oro y diamantes a quienes sirven en sus rudas y peligrosas labores. Estos indígenas a veces, cuando la selva es poco generosa y las necesidades crecen, se ausentan durante trece o catorce días para regresar con algunos racimos de plátanos. Pues bien, al llegar no pronuncian una sola palabra de saludo, limitándose a entrar en la choza y depositar en un rincón la fruta traída.

En este proceder puede haber, innegablemente, los efectos de la falta de educación social, pero seguramente es más decisiva y profunda la influencia racial. Pues, por si faltaran remaches a la teoría del origen asiático del amerindio, el Dr. Carleton S. Coon, de la Universidad de Pensilvania, ha presentado recientemente a la Asociación Americana de Antropología un informe por el que asegura haber sido descubiertas en el norte dos zonas libres de hielo durante la última edad glacial; una, situada en Mongolia, y la otra, al sur del Báltico, la primera de las cuales pudo haber sido asiento de la raza amarilla que luego se extendió por el Continente americano a través del Estrecho de Behring.

Y seguramente que de Asia no pudieron haber traído directamente aquellos hombres, entre tantas cosas aquí enumeradas, la afabilidad ni actos tan finos y elegantes como son la caballeresca rúbrica establecida tácitamente por los automovilistas.

No sé hasta dónde está divulgado que Caracas, sin citar a Maracaibo y otras poblaciones metidas en zonas de confluencia petrolera, es de las ciudades del mundo que tiene más automóviles (aquí se llaman «carros») embotellados en sus estrechas calles virreinales. Incluso se sostiene que tiene más que Chicago, que pasa por la primera en estos achaques del maquinismo.

Esto da ocasión a «galletas» (aquí al lío se le denomina así) dantescas en cruces y bocacalles. Entonces es frecuente contemplar el espectáculo del señor que «maneja» (así se dice de todo aquel que empuña un volante) un «carro» al que, según las ordenanzas del tránsito, le corresponde la prioridad de paso en determinada ocasión, ceder éste a otro «carro» conducido por una dama (a las señoras se las llama siempre así) e inclinarse al mismo tiempo galantemente desde su asiento, mientras la dama, que suele ser, invariablemente, de una belleza sencillamente turbadora, como la de todas las venezolanas, corresponde con una sonrisa de limpia gratitud.

Pero no es esto todo, ni mucho menos, el objeto que me mueve a describir esta nueva modalidad de la gentileza criolla; actos así podrían ser perfectamente catalogados dentro de las normas universales de la buena galantería. Lo interesante y notable es cuando se da la misma circunstancia anterior entre dos hombres. El favorecido saluda levantando el brazo con una gracia cordial que no se me ocurre titularla más que típicamente venezolana. Y sonríe con agradecimiento.

Y esto lo he visto en gentes de color, sentadas al *baquet* de un camión a mero título de peones.

Por su efusión y cordialidad, yo me atrevería a afirmar que el día que este pueblo alcance la madurez será un modelo de vida cívica, con un tipo de fraternidad que le distinguirá entre todos los del Continente.

